

# CINCUENTA AÑOS DE LA FUNDACIÓN DEL MONASTERIO TRAPENSE SANTA MARÍA DE MIRA- FLORES, DE RANCAGUA (CHILE)



## El Jubileo

El monasterio, como Casa de Dios, es signo elocuente de Jesucristo, Hijo Eterno que asume las realidades humanas de espacio y tiempo. Nuestro monasterio nace de la iniciativa y providencia divinas que lo suscitan, sostienen y desarrollan, actuando en los hombres y en sus circunstancias; estos hombres, con sus capacidades y limitaciones, lo plasman y lo concretan de un modo determinado.

Celebrar cincuenta años de Fundación es hacer un alto en el camino a fin de recordar, reconciliar, renovar la propia vida y, sobre todo, agradecer, bebiendo nuevamente de esa fuente inagotable que es Dios, quien nos concede en este aniversario un año particular de gracia.



## La Fundación

Nuestro monasterio fue fundado el 8 de Septiembre de 1960 en el entonces solitario valle de La Dehesa, aledaño a Santiago, por la Abadía Trapense de St. Joseph, Spencer, Massachusetts, Estados Unidos. La propiedad se pudo comprar gracias a la generosidad de la Sra. Sarita East, benefactora norteamericana. El P. Alejandro Dietzler y otros seis hermanos formaron el grupo fundador. De este grupo tenemos la gracia de contar aún entre nosotros con dos hermanos, el P. Ricardo Gans y el Hno. Tomás O'Hara. Luego, en el año 1966, la Abadía de Gethsemani, Kentucky, Estados Unidos, asumió la paternidad de la fundación, apoyándonos con más hermanos y recursos, lo que nos permitió mejorar los edificios y los cultivos. Del grupo de hermanos que vinieron de Gethsemani, actualmente están con nosotros el P. Jorge Peterson y el P. Lino Doerner.

## La Comunidad

La vida monástica trapense fue, desde un principio, bien acogida tanto por la iglesia como por la sociedad chilena. La vida de los monjes trapenses se caracteriza por su sencillez y por su dedicación a la oración y al trabajo. Su sentido se encuentra enteramente en Dios y en la comunión con los hombres. El ideal monástico de la búsqueda del *Dios vivo y verdadero* animó a muchos jóvenes a unirse a nuestra comunidad. No todos perseveraron en la vida monástica, pero todos encontraron el sentido de la vida y la experiencia del amor de Dios.

En el año 1970, nuestro monasterio fue reconocido como priorato semi-autónomo y el P. Ricardo Gans fue elegido su primer Prior. En estos años se integró a nuestra Comunidad el Hno. Martín Charles, procedente de la Abadía del Holy Spirit, Conyers, Estados Unidos, quien felizmente continúa con nosotros. En el año 1980, nuestra Orden concedió a la comunidad su autonomía plena como Priorato Mayor, continuando en el liderazgo el P. Ricardo. En esos años el crecimiento de la ciudad de Santiago empezó a invadir la tranquilidad del monasterio. Esto nos obligó a buscar un lugar más tranquilo y alejado de la capital para llevar a cabo más apropiadamente nuestra vivencia monástica. Finalmente, el 8 de Septiembre de 1986, pudimos realizar el traslado de la comunidad a nuestra actual ubicación, asumiendo desde entonces el nombre de Monasterio Trapense Santa María de Miraflores.

## La Misión

Ser monje trapense significa básicamente buscar a Dios, siguiendo a Cristo bajo un estilo de vida según el modo cisterciense de vivir la *Regla* de san Benito de Nursia, actualizado para nuestros días.

Este modo cisterciense lo vivimos comunitariamente en un ambiente de gozosa soledad y silencio, oración, trabajo y sencillez de vida. Nos identificamos con el Cristo pobre y orante que va al desierto y, desde allí, hace suya la voluntad del Padre para la salvación del género humano, entregándose en la cruz por amor y alcanzando así la gloria de la resurrección. Consagrados a Dios, ofrecemos nuestras vidas para la salvación de todos los hombres.

La oración es la tarea central del monje. Oración silenciosa que el Espíritu Santo inspira en su corazón; oración que brota de su contacto asiduo con la Palabra de Dios; oración de la Iglesia, cuando siete veces al día alaba a Dios e intercede comunitariamente celebrando la Liturgia de las Horas y la Eucaristía. El monje es una mano que trabaja, una mente que piensa y un corazón que ora y ama. La oración lo especifica y caracteriza. La oración orienta y da sentido a su vida. A partir de ella, hace todo lo demás.

## El Trabajo

*“Serán verdaderamente monjes si viven del trabajo de sus manos,”* dice san Benito. Así imitamos a Jesús que trabajó con sus manos; nos procuramos nuestro sustento y compartimos nuestros bienes con los que más lo necesitan. Nuestro trabajo es también una colaboración con la creación de Dios y con la tarea de los hombres. Como respuesta a la Palabra y a la Voluntad de Dios, el trabajo es una manera corporal de continuar nuestra oración.

Desde los inicios hemos tratado de vivir del fruto de nuestro trabajo. En La Dehesa, luego de conseguir agua tras la perforación de pozos profundos, logramos cultivar alfalfa y plantar un huerto de nogales, además de implementar la crianza de ganado Hereford.

En Miraflores –nuestra actual casa– hemos sido bendecidos con abundancia de agua, lo que nos permitió durante el primer tiempo plantar almendros y tener varios potreros de pasto; luego, continuamos con una crianza reducida de ganado y desarrollamos un colmenar. Todo esto ha evolucionado hasta el presente. Decidimos arrendar el huerto de almendros, terminamos con la crianza de ganado e instauramos un servi-

cio de pensión de talaje para caballos de polo y, además, aumentamos la producción de miel. En los años '90, dado que la composición de la comunidad siguió evolucionando, encontramos un buen trabajo comunitario en la fabricación de chocolates. También nos decidimos a hacer una inversión a largo plazo en un proyecto de forestación de maderas nobles, que en el futuro, Dios mediante, producirá enchapados finos y muebles. ¡Eso será para nuestro Centenario!

## La Hospitalidad

Muchas personas se acercan al monasterio buscando un lugar de encuentro con Dios. San Benito nos invita a recibir a todos como a Cristo mismo. Para hospedaje contamos, hasta ahora, con una casa de cinco habitaciones individuales. En nuestra Portería solemos recibir, durante el día, a personas solas o a grupos pequeños para que, entrando en el silencio de nuestro entorno, puedan escuchar a Dios.

## El Misterio

El acontecimiento de estos primeros 50 años de vida de nuestra comunidad nos invita, sobre todo, a dar gracias continuamente a Dios, por Jesucristo nuestro Señor. Solo Él es quien lo ha hecho posible, actuando, sí, por medio de incontables personas bien dispuestas a su gracia, cada una de las cuales ha sido realmente necesaria para la realización del misterio de nuestra comunidad monástica. Sigamos dando gracias a Dios, todos juntos, con el Cántico de María, Madre de Dios y Madre nuestra.

*Proclama mi alma la grandeza del Señor,  
se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador,  
porque ha mirado la humillación de su servidora:  
... ¡Su misericordia es de generación en generación!*

## La celebración

*50 años Fundación de la Comunidad Trapense en La Dehesa (8-IX-1960)  
24 años de la Dedicación de la Iglesia Santa María de Miraflores (8-IX-1986)*

Para finalizar reproducimos un fragmento de cada una de las homilias pronunciadas por quienes presidieron las celebraciones eucarísticas jubilares: Francisco Javier Lagos, ocsó, el 16 de julio (Solemnidad de Ntra. Sra. del Carmen), en la celebración que congregó a las familias de los hermanos trapenses, trabajadores del Monasterio, laicos cistercienses y

amigos del Monasterio; don Alejandro Goic, Obispo de Rancagua, el 12 de agosto, con la presencia de los sacerdotes, diáconos, seminaristas; religiosos provinciales de diferentes órdenes, y sacerdotes amigos de otras diócesis; Elías Dietz, oco, en la tercera celebración jubilar, con la participación de las diversas comunidades monásticas ligadas a la espiritualidad de san Benito presentes en Chile y, también, con la visita fraterna de hermanos de la Casa Generalicia de Roma, Estados Unidos, Argentina y Brasil.

### 1. Primera Celebración Eucarística Jubilar

16 de julio de 2010

Solemnidad de Ntra. Sra. del Carmen,

*“Eran Pedro, Juan, Santiago, Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé, Santiago, hijo de Alfeo, Simón el Zelote y Judas, hijo de Santiago. Todos ellos, íntimamente unidos, se dedicaban a la oración, en compañía de María, la madre de Jesús (Hch 1,14). Mis queridos hermanos y hermanas, este relato de los Hechos de los Apóstoles –que acabamos de escuchar– nos sitúa ante la experiencia histórica, tan humana y tan divina, del Misterio de la Encarnación, como un único e ininterrumpido canto de alabanza a Dios y a la vez como camino de reconciliación y como signo de genuina esperanza para quienes miramos a Cristo y a su Iglesia desde una realidad comunitaria de búsqueda, que nos permite orientarnos hacia el misterio de Dios a fin de ser transformados por Él: el camino monástico benedictino-cisterciense que aquí, hoy, celebramos.*

Cincuenta años han pasado desde el inicio de la vida monástica Cisterciense Trapense en Chile, y si miramos más allá de los muros y de los hábitos, si contemplamos el corazón y las motivaciones de todos cuantos formaron y forman parte de esta comunidad monástica, encontramos que todo comenzó con un pequeño grupo de hombres deseosos de buscar y hallar a Dios en este lugar. Por ello, la experiencia de la celebración de los cincuenta años de nuestra fundación se ha movido, ciertamente, en tres dimensiones vitales en las cuales nos ha situado hoy la Palabra de Dios: **oración, reconciliación y esperanza**. Estas tres dimensiones de vida nos han conducido a momentos de tal intensidad que nos han hecho tocar con la mano la presencia misericordiosa de Dios, del cual procede *toda dádiva buena y todo don perfecto (St 1,17)*.

Pienso, sobre todo, en la dimensión de alabanza y de oración. Desde ella se mueve toda respuesta auténtica de fe a la revelación de Dios en Cristo. Porque toda experiencia cristiana y, por lo tanto, toda experiencia monástica, es la espontánea respuesta que brota del corazón del hombre henchido de agradecimiento a partir de la sorpresa del encuentro

con un Dios Padre que, satisfecho no sólo con la creación del mundo y del hombre, se ha puesto al lado de su criatura, y después de haberle hablado muchas veces y de diversos modos por medio de los profetas, también *le ha hablado por medio de su Hijo* (Hb 1,1-2). Pienso, además, en aquellas experiencias vitales de reconciliación y de esperanza vividas por cada uno de los miembros de esta comunidad –vividas comunitariamente– a partir de un encuentro personal con Dios Padre; experiencias que el monje celebra cotidianamente en Jesucristo, el cual “haciéndose semejante al hombre y haciendo al hombre semejante a sí mismo, lo hace llegar a ser precioso ante el Padre” (San Ireneo, *Adversus haereses*, V,16,2), lo reconcilia y le permite vivir en certera esperanza. Este abrazo íntimo de reconciliación y de esperanza entre divinidad y humanidad, engendrado en el encuentro de Dios y el hombre y, por tanto, en el encuentro del hermano con el hermano, es el que se extiende desde la persona de Jesucristo hasta todos aquellos a quienes Cristo llega a transformar en discípulos y seguidores.

Celebrar nuestro Jubileo es, por tanto, celebrar a Jesucristo. Celebrar nuestro Jubileo es celebrar el misterio de nuestra historia de salvación por la encarnación redentora, es celebrar la experiencia de amar y de ser amado, es celebrar el hecho de que nuestra libertad ha consentido al don de Dios que se nos ha anticipado y que, fiel e indisolublemente, nos acompaña”.

*Francisco Javier Lagos, oco*

## 2. Segunda Celebración Eucarística Jubilar

*12 de Agosto de 2010*

“Hemos sido invitados en esta 2ª Celebración jubilar, los sacerdotes, diáconos, seminaristas; religiosos provinciales de diferentes órdenes, sacerdotes amigos de otras diócesis, junto a quien preside en la fe esta comunidad diocesana.

La 1ª celebración jubilar se realizó en el mes de julio y congregó a las familias de los hermanos trapenses, trabajadores del Monasterio, laicos cistercienses y amigos del Monasterio.

La 3ª celebración jubilar será el 8 de septiembre con la participación de las diversas comunidades monásticas ligadas a la espiritualidad de san Benito presentes en Chile y, también, con la visita fraterna de hermanos de la Casa Generalicia de Roma, Estados Unidos, Argentina, Brasil.

Cada Monasterio es un don de Dios para la Iglesia. Cada

Monasterio nos muestra **la primacía de Dios**. Primacía de Dios que todos los creyentes estamos llamados a vivir, desde la propia vocación. Dios es el primero, Dios es el Único Absoluto de nuestras vidas. A los laicos, a los consagrados en la vida religiosa y/o secular, a los pastores, nos hacen un bien inmenso estos “focos de luz” que son los Monasterios. Aquí se organiza la vida, no en función de la acción, sino en función de adorar y alabar al Señor. La existencia del monje no se explica sino por esa relación personal con Cristo. No hay nada máspreciado que Él. No prefiere nada absolutamente a su amor. Viven en comunión con Él a lo largo de sus días. Lo encuentra en el oficio divino, en su oración privada, en sus lecturas. Lo encuentra en su abad, que tiene el lugar de Cristo en medio de la comunidad, en la que es el padre. Lo sirve en sus hermanos enfermos. Lo recibe en los huéspedes, que no dejan de venir al Monasterio. Cristo es encontrado en los diversos sucesos de su existencia. Cristo está en todas partes, presente en su vida, tanto privada como comunitaria. Es el alma de la vida del monje.

Sí, Cristo es el alma de la vida del monje, porque el único puente entre Dios y los hombres es y será Cristo, Hijo de Dios hecho hombre.

Cuando Cristo alude al texto de la primera lectura –el sueño de Jacob<sup>1</sup>–, afirma que Él mismo es la puerta del cielo porque, en su Persona, Dios ha estrechado, amado y salvado a la humanidad.

De ahí que el encuentro con Cristo –cuando es verdadero– provoca un cambio radical, total. Lo vemos palpablemente en el texto del Evangelio proclamado hoy<sup>2</sup>. Lucas nos dice que Zaqueo recibió **a Jesús con alegría**: alegría que muestra el cambio ocurrido en él. Después de ese encuentro liberador, no le costará reparar sus maldades. El pueblo se indigna imitando a los fariseos. La incomprensión de la muchedumbre no le importa más que la de los fariseos. Una vez más Jesús ha demostrado su fuerza. Ha destruido el mal salvando al pecador. **Él vino a salvar, no a condenar**.

El Monasterio es lugar de encuentro profundo con el Señor. Los hermanos que aquí viven, con la gracia de Dios, viven la conversión cada día, como cada uno de nosotros en nuestras tareas en el mundo. El camino de la conversión es gracia y don del Señor. El camino de la santidad pasa por realizar en Cristo y por Cristo toda nuestra vida”.

*Don Alejandro Goic,  
Obispo de Rancagua*

<sup>1</sup> Jn 1,51.

<sup>2</sup> Lc 19,1-10.

### 3. Tercera Celebración Eucarística Jubilar

8 de septiembre de 2010  
*Natividad de la Santísima Virgen María*

“En el cincuentenario que celebramos, la lectura de la *Carta a los Romanos*, tomada de la Misa de la Natividad de María, es un buen punto de partida para nuestras reflexiones: *Sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de los que lo aman*<sup>3</sup>.

Celebramos hoy, en primer lugar, no los varios acontecimientos de estos cincuenta años, sino al Señor que ha sabido disponerlo todo –incluso los errores y los problemas– para el bien; para el bien de los hermanos de la comunidad, por supuesto, pero sobre todo para el bien de la Iglesia universal. De hecho, un monasterio es una pequeña iglesia, una casa de Dios, un lugar temible –como el que encontró Jacob– y un lugar de salvación, como la casa de Zaqueo.

Se suelen fundar los monasterios en sitios retirados porque son lugares de encuentro místico, como lo experimentó Jacob. Salir al desierto es un gesto muy significativo. El que sale invita a Dios a revelarse, y el hecho de salir lo abre a una dimensión más allá de lo cotidiano. Como dice Isaac de Stella, la escalinata que vio Jacob hubiera permanecido “invisible quizás al sedentario y al hombre en vela” (S. 12.4), es decir, al que no sale al encuentro y al que no se deja llevar por el misterio.

La comunidad contemplativa, en unión con la Iglesia y para el bien de la Iglesia, sale a este encuentro. Y tiene que construir una casa para vivir, pero la verdadera casa es la comunidad misma, formada por el Señor y cuidada por Él. En el caso de los hermanos de Miraflores, ya están en el segundo local en estos cincuenta años. Pero lo cierto es que el lugar, las construcciones y el alrededor no son las condiciones de su vida sino más bien el símbolo de su propósito y de su fidelidad. La comunidad de Miraflores es menos un conjunto de muros, techos y campos, que una comunión viviente de personas de toda clase de edades, nacionalidades y personalidades. Y esto sólo es posible porque *Dios dispone todas las cosas para el bien de los que lo aman*.

En este sentido, la comunidad es “en sí misma una realidad teologal, objeto de contemplación”, según un Documento de la Congregación



para los Religiosos<sup>4</sup>. Es “ante todo un misterio que ha de ser contemplado y acogido con un corazón lleno de reconocimiento”<sup>5</sup>. Contemplamos entonces en este grupo de monjes y en su historia la mano de Dios, que dispone todo para el bien. De hecho, un cenobio es un milagro permanente: sin la gracia de Dios, nada de lo que forma parte de todo grupo humano –las riquezas y las miserias, las virtudes y los pecados, la sabiduría y la necedad– podría transformarse en el maravilloso objeto de contemplación que es una comunidad de personas consagradas.

Damos gracias, entonces, por los primeros cincuenta años de esta querida comunidad de Santa María de Miraflores, por la generosidad de las dos comunidades que la fundaron, por la fe y la entrega de sus fundadores y de los hermanos que se han incorporado a ella a la primera o a la última hora, y por las dos Iglesias locales –Santiago y Rancagua–, que han acogido a nuestra Orden entre ellas... Pero sobre todo, damos gracias al Señor que dispone todo para el bien y que hace llegar la salvación a esta casa día tras día, año tras año.



*Eliás Dietz, oco  
Monasterio Santa María de Miraflores  
Casilla 337 – Rancagua – Chile*

<sup>4</sup> *La dimensión contemplativa de la vida religiosa*, 15.

<sup>5</sup> *La vida fraterna en comunidad*, 12.